

# España en la obra de Simone de Beauvoir

En el inicio mismo de los años treinta, conocido y poseído Sartre y hecho el desamarrar definitivo del universo burgués de su niñez y adolescencia, Simone de Beauvoir va a conocer España. Destino individual y colectivo convergerán así en una primavera de ilusiones. Después de la Revolución rusa y salvo los fugaces brotes de algunas naciones centroeuropeas, no ha existido en el Viejo Continente —ni en el mundo, si exceptuamos, muy parcialmente, a China— ningún pueblo que haya decidido recuperar sus destinos. La Segunda República española, en rápido paso hacia un régimen comunista a los ojos de los círculos más avanzados de la elite progresista europea, encandilará la imaginación y excitará la esperanza en el pronto advenimiento de una nueva era histórica presidida por el proletariado.

Así, en el verano de 1931, al planear sus primeras vacaciones en el extranjero, Simone y Jean Paul no tendrán duda en elegir. No se arrepentirán de su opción. La Península deslumbrará a una joven que, tiempo adelante, conocerá todos los rincones del pequeño Planeta Azul.

Figueras, primera etapa de su itinerario, le sumergirá ya de pleno en la realidad española. La flamante profesora de instituto creará empaparse de vida y ensueños románticos en su contacto con esta geografía fronteriza: «Ninguno de los dos había cruzado nunca la frontera y cuando vimos en Port-Bou los tricornos barnizados de los guardias civiles nos sentimos inmersos en pleno exotismo. Nunca olvidaré nuestra primera noche en Figueras; habíamos reservado habitación y comido en una pequeña posada; caminábamos alrededor de la ciudad, la noche caía sobre la llanura y nos decíamos: ‘Es España’».<sup>1</sup>

Muy poco después, Barcelona acabará por ganar a la neófita a su nuevo culto. El escenario es, en verdad, fastuoso —luminosidad mediterránea, cosmopolitismo acendrado, belleza arquitectónica, pintoresquismo inigualable de barrios y ambientes menestrales—; y los actores no le irán a la zaga; todo el hervor, toda la energía creada por el cambio de régimen crepitará en la ciudad con mayor fuerza que en parte alguna. Para que nada falte y sus deslumbrados visitantes experimenten toda la gama de emociones, una revolución dentro de la revolución se producirá durante su estancia. Un intento frustrado de revuelta anarcosindicalista pondrá en relación a Simone con un anarquismo que en Cataluña mana más anchamente que en ningún otro lugar del mundo.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> S. de Beauvoir, *La plenitud de la vida*. Barcelona, 1984, p. 73.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 75.

La futura autora de *Los Mandarines* no pensará como Edmundo d'Amicis a finales del siglo XIX que el Principado constituye un prólogo demasiado hermoso para un libro mediocre. Castilla, siguiente estación en la ruta de «Castor», le mantendrá en el mismo estado de gracia. A su llegada, la capital de la nación atraviesa por incontable vez uno de sus paisajes favoritos. Las cábalas y rumores de todo género propician chácharas interminables en torno a los veladores de café y cervecerías. Cada cual canta su copla y acomoda el porvenir a sus ambiciones y proyectos. Fernando, el amigo pintor de la pareja y su anfitrión en la Villa y Corte, ve hecha ya realidad una Rusia española. Lástima que este artista, conocedor probablemente de Rafael Alberti y María Teresa León, no los pusiera en relación con otra de las más célebres uniones del mundo cultural de la postguerra. Sin duda, habrían acrecentado las simpatías de Beauvoir y Sartre por las reivindicaciones y anhelos de las clases populares, las más observadas por los dos prometedores filósofos.

Éstos tal vez no necesitarían de la charla animosa y profética de la otra joven pareja para que su temperatura espiritual se acompasase a la atmosférica. Los toros y el Prado se encargarán de ello. Los registros de la intuición y sensibilidad de la autora de *El Segundo Sexo*, espoleados por el desafío, desplegarán una capacidad de captación, en verdad, asombrosa. Todo el misterio que envuelve la lucha en el ruedo entre el animal y el hombre fue aprehendido por Simone de Beauvoir con sólo la asistencia entusiasmada a dos o tres corridas.

Si, como defienden los aficionados a la fiesta nacional, ésta encarna parte del carácter hispano, en la segunda pinacoteca del mundo, uno de los máximos exponentes también de aquél, conforme al parecer de reputados críticos, centrará la atención de Beauvoir y Sartre. Frente al Greco, que de él se trata, el pincel de Goya le despertará menos interés.

Aunque la trepidante vida de Madrid durante aquel verano climatérico no hace decaer un instante el arrobamiento de quien escribiera ese gran testimonio-novela intitulado *La sangre de los otros*, Ávila, Segovia, Toledo... arrebatan a la imaginativa parisina, en que sueño y realidad se confunden en mezcla que pocas veces volverá a ocurrir en la existencia de tan sensitiva trotamundos. «En Ávila, por la mañana, abrí los postigos de mi cuarto; vi, contra el azul del cielo, torres soberbiamente erguidas; pasado, porvenir, todo se desvaneció; no había sino una gloriosa presencia: la mía, la de las murallas, era la misma y desafiaba al tiempo.»<sup>3</sup>

Emprendido el retorno con algunas pequeñas desviaciones del camino tradicional, poco a poco las piezas vuelven a encajarse. Tras el ardiente estío español, de los secarrales y parameras, la querencia del verde y del otoño se encontrará colmada al pisar suelo francés —«Me había gustado la dureza de las mesetas castellanas pero me alegró encontrar en las colinas vascas un otoño con olor a helechos»—. <sup>4</sup>

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 79.

<sup>4</sup> *Ibídem.*

## Segundo viaje por España: Andalucía

La flecha española ha quedado clavada en el espíritu de la pareja Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre. Vendrán los días y trabajos de 1932 y la imagen de sus hombres y paisajes incandescentes no se borrarán.

Sin Andalucía, la visión española quedaría mutilada para unos franceses que, a pesar de su iconoclastia burguesa y su anticonvencionalismo, se sienten a sus anchas en la compañía —libresca— de sus grandes viajeros del XIX. Sevilla, Cádiz y Ronda constituyen los vértices de su más morosa penetración por las tierras ardientes del Mediodía español, tan cercanas a Marruecos, otro de los países que vibrará siempre con fuerza en las emociones y recuerdos de ambos escritores. La excursión no será esta vez solitaria. Un matrimonio amigo les acompañará. Más libertad de acción y menos de comunicación y confidencias. Como contrapartida, los trenes y autobuses del año anterior serán sustituidos por un potente automóvil.

Tras una breve incursión a las Baleares, y como antesala andaluza, el Marruecos español. Tetuán, Xauen...: colorido, fuerza, atraso.<sup>5</sup>

En Sevilla, el panorama no cambia sustancialmente; pero aquí el anhelo de progreso es un factor activo y dinámico, especialmente en los sectores obreros.<sup>6</sup> Sevilla «la Roja», la ciudadela del comunismo hispano de la época, con unas clases nobiliarias ancladas en la feudalidad y un proletariado militante, les abrirá el cofre de sus encantos... y de sus zozobras. Semejaba que la historia deseaba que Simone de Beauvoir hiciera de fedataria de las primeras grandes convulsiones de la Segunda República española. Nada menos que la «Sanjurjada» coincidió con su llegada a la capital de Andalucía. La simultánea presencia en ésta de uno de los hombres decisivos en la instauración del nuevo régimen revelaba la extrema confrontación ideológico-social de la urbe hispalense, como hemos expuesto más arriba.<sup>7</sup> El ascendiente de los poderes tradicionales era tan poderoso que cabía contar, como lo había hecho el general Sanjurjo, con su apoyo para dar un vuelco completo a la situación política.<sup>8</sup> Aunque sucinta, es muy sabrosa y penetrante la descripción de Simone, con algunas notas de gran valor documental. «Una gran muchedumbre corría por las calles gritando, cantando, vociferando. La seguimos; en la calle de las Sierpes, bajo los toldos, algunos círculos aristocráticos ardían. Mientras los bomberos se acercaban sin mucha prisa, la gente se puso a gritar “¡No los apaguen!” “No teman —dijeron los bomberos—; no tenemos prisa”. Esperaron para accionar sus mangueras a que todo el mobiliario se hubiera consumido.»<sup>9</sup>

Tragedia y comedia se alternan en la vida, sobre todo, en la de las exuberantes ciudades meridionales. Y así, a punto estuvo nuestra autora de verse envuelta en un susto mayúsculo al vestir inadvertidamente una indumentaria, moteada de flores de lis, con los «colores monárquicos».

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 100.

<sup>6</sup> J. M. Cuenca Toribio, *Gentes y momentos de Sevilla*. Sevilla, 1967.

<sup>7</sup> Vid. *la excelente recreación de N. J. Salas*, *Muerte en Sevilla*. Barcelona, 1986.

<sup>8</sup> Cfr. *la magnífica tesis doctoral de J. M. Macarro*, *La utopía revolucionaria*. Sevilla en la Segunda República. Sevilla, 1985.

<sup>9</sup> S. de Beauvoir, *La plenitud...*, p. 101.

La Giralda; la Alameda, en la que aún se conservaban en todo su esplendor sus inolvidables «tablaos»; Triana, cuyos incontables tesoros no serían degustados por una Simone, tal vez algo apresurada o agotada por el calor, se erigieron, como era inevitable, en los hitos de las andanzas de la joven pareja por las calles y barrios de la inigualable ciudad.<sup>10</sup>

Infortunadamente, otras capitales andaluzas llenas de misterio, gracia y armonía, como Granada o Córdoba, apenas si merecen una escueta referencia en este diario viajero por el Sur español. El termómetro hacía sentir sus naturales estragos y la convivencia entre los Pagniez y nuestra pareja se deterioraba a ojos vistas. De ello, claro es, se resentiría la retina de Jean Paul Sartre al valorar monumentos y lugares, como, por ejemplo, los de Ronda, «una aldea muerta y sin verdadera belleza». Cádiz constituiría una excepción muy parcial, aunque también su alusión carezca de interés. Precisamente en sus tierras Simone pondrá punto final a su andadura andaluza. En Tarifa las anotaciones de «Castor» recogen un episodio conmovedor e ilustrativo: «Pese al esplendor del panorama que nos descubría más allá del mar la costa africana los cuatro sentimos la desolación de Tarifa; comimos pescado que flotaba en un aceite atroz y un chico de unos doce años se dirigió a nosotros: “¡Qué suerte tienen! —nos dijo en un tono que nos partió el alma—. Viajan; ¡yo nunca me moveré de aquí!” Pensábamos que, en efecto, envejecería en ese rincón perdido de la tierra, sin que nunca le ocurriera nada. Cuatro años más tarde, sin duda, le ocurrieron cosas, pero ¿cuáles?»<sup>11</sup>

## La guerra de España

Según todas las trazas, no es muy aventurado suponer que este avisado chiquillo muriese a manos del cainismo que se apoderó de la reseca piel de toro en el verano trágico de 1936. Durante él, como es sabido, la baja Andalucía se convirtió en uno de los primeros y más sangrientos escenarios de la tragedia ibérica, en el que el antagonismo de clase alcanzó mayor virulencia.<sup>12</sup>

La guerra de España sería, en efecto, el golpe último que hundiría las ilusiones de la izquierda intelectual en la implantación de un nuevo orden basado en las semillas esparcidas por Lenin y sus seguidores. Eran, por el contrario, las «potencias fascistas» las que se aprestaban, con posibilidades de éxito aparente, a detener la historia. La llegada de Hitler al poder por vía democrática, la crisis francesa de comienzos de 1934, la guerra de Abisinia, la ocupación de Renania y... la guerra civil española. Ésta venía a poner de manifiesto a gran parte de la inteligencia francesa que la hora de la verdad había sonado. Las discusiones de rebotica, las teorizaciones docentes, las revoluciones en el papel, la consideración biempensante de la pobreza y el subdesarrollo por burgueses desclasados o frívolos, constituían ya, desde la muerte de aquel muchachillo andaluz, una coartada engañosa y un espectáculo insoportable. Aún era posible detener la marea fascista, pero con la acción operativa y la solidaridad entusiasta.<sup>13</sup>

<sup>10</sup> J. M. Cuenca Toribio, *Historia de Sevilla. Del Antiguo al Nuevo Régimen. Sevilla, 1986, 3.ª ed.*

<sup>11</sup> S. de Beauvoir, *La plenitud...*, p. 103.

<sup>12</sup> J. M. Cuenca Toribio, *Andalucía. Historia de un pueblo (... a.C.-1984). Madrid, 1985, 2.ª ed.*

<sup>13</sup> *Íd.*, *La guerra civil de 1936. Madrid, 1986.*

A pesar de sus cadenas de clase y educación, más fuertes las primeras en «Castor» que en Sartre, y no obstante su visión un mucho estetizante de la ruptura revolucionaria, ambos se comprometieron seriamente con la causa de la Segunda República. Más o menos conscientemente, los dos atisbaban que al otro lado de los Pirineos se jugaba a cara o cruz la suerte inmediata de Europa; a manera de primer acto del drama que había de envolver al mundo tres años después de que la contienda española comenzase.<sup>14</sup>

Aparte del valioso testimonio aportado sobre su postura personal y la de un sector cualificado de la intelectualidad parisina y gala del momento en torno a las vicisitudes del conflicto hispano, los juicios y opiniones de Beauvoir sobre éste poseen, como hemos dicho, un interés biográfico muy superior al interpretativo e historiográfico. Al igual que muchos de sus camaradas ideológicos, la autora de *La mujer rota* usufructuó una considerable ignorancia acerca del desarrollo profundo de los acontecimientos, lastrada, por contera, con un buen fardo de los tópicos y lugares comunes que circulaban en dichos ambientes, de forma semejante, por lo demás, a los imperantes en las esferas opuestas. «De vuelta en París en septiembre nos hundimos en el drama que durante dos años y medio dominó todas nuestras vidas: la guerra de España. Las tropas de Franco no habían triunfado tan rápidamente como esperaba la derecha; tampoco habían sido aplastadas tan pronto como lo suponíamos. La marcha de los rebeldes sobre Madrid había sido detenida, pero habían tomado Sevilla, Zaragoza, Oviedo. Casi todo el ejército —el 95 %—, casi todo el aparato del Estado se habían puesto del lado de Franco: para defenderse, la República sólo podía contar con el pueblo.»<sup>15</sup>

Como se ve, el párrafo transcrito contiene una ilustrativa representación de los errores y estereotipos más comunes y divulgados por la propaganda extranjera favorable a la República. Todo el relato, hasta cierto punto minucioso, de la evolución de la contienda debido a la pluma memoriógrafa de Simone adolecerá, de este modo, de inexactitudes factuales y deficiencias analíticas en buen número. No por ello, insistimos, su narración deja de tener sugestividad literaria y trascendencia autobiográfica. La culpable pasividad de las democracias frente al intervencionismo cínico y brutal de Berlín y Roma; la generosa y eficaz ayuda rusa a los republicanos; la inferioridad material y bélica de éstos; su monopolio del populismo; el relevante y positivo papel de los comunistas junto con las restantes tesis que todavía mantienen roborante salud en algunas corrientes historiográficas extremadamente ideologizadas, empiedran la escritura de Beauvoir sobre la guerra de España.

A partir de Munich, la angustia e inquietud por la Segunda República se adunan en su relato con la creciente preocupación por su propio país y por el porvenir de la democracia en general. La última trinchera de la libertad estaba en España y los gobernantes galos seguirían empecinados en su miopía al regatearle o simplemente negarle las armas y material requeridos por los últimos y desesperados esfuerzos por detener la ofensiva franquista. La caída de Cataluña, con el tenebrante éxodo de algunas de las víctimas más infelices e inocentes de la tragedia española, arrancará a la autora de *Las bellas imágenes* acentos impactantes de ternura y patetismo, penetrada tal vez de la premonición de lo que año y medio después llegaría a vivir su patria.

<sup>14</sup> *Íd.*, La segunda guerra mundial. Madrid, Espasa-Calpe, 1986.

<sup>15</sup> S. de Beauvoir, La plenitud..., p. 241.

Ante el mazazo de la pérdida de Cataluña, algún propósito revisionista acude a los puntos de la pluma de Beauvoir. Los anarquistas, estimados como dinamitadores del triunfo republicano, son enjuiciados ahora con más indulgencia, albergándose alguna duda acerca de si su programa —primero la revolución, luego la guerra— no contendría algo de acierto y virtualidad. Pero ya no quedaba otra opción que la de aceptar con conciencia autocrítica el resultado del fracaso de una generación y, en especial, de unos regímenes sin reflejos y con vocación de suicidas: «Después de algunos sobresaltos, cayó Madrid. Toda la izquierda francesa se sintió de luto y culpable. Blum confesaba que, en agosto de 1936, rápidas entregas de armas hubieran salvado a la República y que la no intervención había sido una política de incautos: ¿por qué la opinión había fracasado en imponerle otra? Empecé a comprender que mi inercia política no me confería un certificado de inocencia y cuando Fernand [el pintor] rezongaba: “Asquerosos franceses”, yo me sabía incluida en la expresión.»<sup>16</sup>

## La España de la postguerra

En febrero de 1945, cuando apenas hace días que el último territorio patrio ha sido liberado del dominio nazi, Simone de Beauvoir se desplaza a Portugal para pronunciar unas conferencias en Lisboa. El viaje lo hará sola, acompañada por el recuerdo obsesivo de todas las dantescas escenas contempladas en el último tramo de la ocupación alemana. Sólo así se entiende la pintura enfática con que describe la abundancia española en bienes de consumo, en particular, productos alimenticios. Tal vez sea su relato el único o casi el único debido a una pluma francesa en el que la holgura hispana se contrapone a la escasez gala.

Mas, obviamente, la mirada de Simone sigue teniendo un diafragma muy ancho y permeable para la observación social y artística: España continuaba conmoviendo sus fibras más íntimas. El Madrid de comienzos de 1945, su sola estadía hispana en este viaje, es recorrido de punta a cabo social y urbanísticamente. Pero esta vez, hechizada por la atracción de las ruinas, el Prado y los cafés de la Gran Vía pasan a un segundo término ante la contemplación morosa de la Ciudad Universitaria y de los barrios periféricos. La visita a éstos cumple también con otro objetivo. En Tetuán de las Victorias y Vallecas, Beauvoir hará algunas visitas para conservar encendida la llama de la oposición y ayudar a malvivir a algunos de sus miembros que, como todos los obreros de la capital, pasan por privaciones y estrecheces lindantes con la pura miseria. «Una amiga me había dado la dirección de españoles antifranquistas. Siguiendo su consejo fui a Tetuán, a Vallecas. Al norte de Madrid vi, agarrado a las colinas, un barrio tan vasto como un gran pueblo y sórdido como una zona de chabolas: casuchas de techos rojos, de paredes de adobe, llenas de niños desnudos, de cabras y de gallinas, sin alcantarillas, sin agua; algunas chiquillas iban y venían encorvadas bajo el peso de los baldes. La gente caminaba descalza o en zapatillas, apenas vestida; a veces un rebaño de ovejas atravesaba una de las callejuelas levantando una nube de polvo rojo. Vallecas era menos campesino, se respiraba un olor de fábrica, pero había la misma desnudez; las calles servían de vertederos, las mujeres lavaban andrajos en el umbral de sus chozas; ves-

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 310.

tidas totalmente de negro, la miseria endurecía sus rostros a tal punto que parecían casi malvadas. Me habían dicho mis informantes que un obrero ganaba de nueve a doce pesetas por día y un puñado de garbanzos; éstos costaban en el mercado negro diez pesetas el kilo. Los huevos, la carne eran inalcanzables para el pueblo de los suburbios. Era necesario ser rico para comprar los panecillos, los buñuelos que vendían las mujeres en canastos, en las esquinas de las calles de buena reputación. Los que yo había visto en los andenes de las estaciones eran ricos y sólo ellos aprovechaban esa abundancia que yo había envidiado.»<sup>17</sup>

Es comprensible que frente a tanto sufrimiento la imaginación de la escritora se exalte y añada de su propia cosecha algunos desaciertos y tropelías al abultado catálogo de las torpezas y violencias del franquismo inicial. La hiperestesia de nuestra autora y su sensibilidad hacia algunas clases de injusticia e incluso un episodio de signo opuesto al que le ocurriera con su indumentaria sevillana, explican sobradamente la unilateralidad de su enfoque, aunque no tanto tal vez como para condenar el encarnizado antisemitismo de la dictadura...

Una España llena de curas, políticos y soldados reclamaba indudablemente la liberación, casi con mayor fuerza que otros territorios de Europa en manos hasta entonces de la Alemania hitleriana. Presente el ejemplo de su patria, quien escribiera *La ceremonia del adiós* depositaría todas sus esperanzas en los norteamericanos como los cruzados de la libertad española. Su impaciencia los contemplaba ya a las puertas de España.

Entrarían en 1953, con los acuerdos conjuntos firmados por el secretario de Estado de Eisenhower y el ministro de Asuntos Exteriores de Franco.

Aunque las conclusiones de unos textos desprovistos de claves y problemas historiográficos, tan bellos y nítidos, sobre todo en su lengua original, como los de esta gran escritora, deben dejarse al lector, por mor del oficio nos encontramos impulsados a emborronar unos renglones.

La imagen de España dibujada en las memorias de Simone de Beauvoir es en buena parte deudora de la literatura romántica, en particular, de la acuñada por sus compatriotas. De este modo, la silueta de España se recorta con caracteres exóticos y singulares dentro de la civilización contemporánea. Sus gentes y costumbres no han firmado todavía la capitulación ante un mundo tecnificado y cosificado. Paisaje y temperamento se muestran esquivos a la transacción y al matiz. Por sus cualidades y temple es posible concebirla como abanderada de una gran empresa. En los años treinta, en ella se ventiloó el destino del mundo; y el heroísmo fue aliado inseparable de inconformistas y utópicos, tan numerosos en sus tierras. España fue espuela, estímulo y espejo para toda una generación de intelectuales idealistas, cuya biografía se halla marcada, como la de la propia autora, por los acontecimientos peninsulares.

A esta luz, la dictadura de Franco no sería más que un paréntesis en la trayectoria ardiente y hervorosa de un pueblo siempre dispuesto a la inmolación y al sacrificio.

**José Manuel Cuenca Toribio  
y Soledad Miranda García**

<sup>17</sup> *Íd.*, La fuerza de las cosas. Barcelona, 1987, pp. 34-5.